

El templo ha sido reedificado sobre sus mismos cimientos y el plan antiguo; pero como la pobreza de los católicos es suma, y como no pudieron recibir ningún socorro proporcionado á semejante empresa, han dejado á los griegos y á los armenios, sobremanera ricos, el honor de levantarle á sus costas: los gastos han subido á poco ménos de un millon de pesos. Su magnificencia es extraordinaria, y reina en todo él el buen gusto, á pesar de que se haya prodigado con exceso el dorado.

La imposibilidad en que se encontraron los latinos de tener la principal parte en la reconstrucción del templo, les ha causado el perjuicio mas capaz de afligir á un corazón católico. Únicos poseores en otro tiempo de la mayor parte de los Santos Lugares, se han visto obligados á partir con los extranjeros ese inestimable tesoro que tantas veces habian defendido contra los turcos con su sangre y vida.



### CAPÍTULO III.

LA SEMANA SANTA EN JERUSALEN,

IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO, MARZO 27 DE 1831. (\*)

*Domingo de Ramos y Miércoles Santo.*

**H**EME aquí encerrado con los padres latinos en la iglesia del Santo Sepulcro, para asistir á todas las ceremonias de la semana; hoy es miércoles, y no saldremos de aquí hasta el viernes próximo, despues de la última ceremonia de la tarde. Me he situado en la capilla de la Virgen, perteneciente á los latinos: os escribiré dia por dia todo lo que haya visto, todo lo que haya sentido; durante esta triste conmemoracion de

(\*) Michaud, Correspondencia de Oriente. Carta 108.



los mas grandes misterios que se han consumado entre los hombres.

La festividad de Ramos ha comenzado esta lúgubre semana: fué el domingo último. Se había levantado un altar en la puerta del Santo Sepulcro. El padre vicario, en ausencia del padre Reverendísimo, oficiaba pontificalmente; sin embargo, no llevaba báculo ni mitra, porque el padre Reverendísimo es el único que goza el privilegio de tomar las insignias del obispado. Todos los religiosos de San Salvador, todos los católicos de Jerusalem y de Betlem estaban reunidos en la iglesia del Santo Sepulcro; se veía tambien una multitud de musulmanes á quienes atraía la curiosidad. Debe repetirse, que la pompa magestuosa de las ceremonias latinas encanta á los musulmanes de Jerusalem: las ceremonias griegas y armenias, mucho ménos graves y ménos solemnes, les parecen juegos de niños, ó espectáculos de plazas públicas.

Nuestros religiosos tenían en otro tiempo la costumbre de irse el día de Ramos al lugar donde estuvo la aldea de Bethphagé, distante una hora de camino de Jerusalem al Oriente, de donde Jesucristo partió para venir á hacer su entrada gloriosa en la ciudad santa. El Reverendísimo, con sobrepelliz y estola, volvía de Bethphagé á la ciudad montado sobre un asno ricamente adornado, que conducian por las riendas dos de los principales católicos de Jerusalem: la comitiva se adelantaba en medio de los himnos y cantos sagrados, y los caminos por donde pasaba estaban henchidos de pal-

mas y flores: era un recuerdo tierno y fiel de aquella marcha triunfal seguida tan de cerca por la muerte mas ignominiosa, como si el Salvador hubiera querido enseñarnos cuán corto es el paso de las alegrías á los dolores, el paso del triunfo al suplicio. *Los hijos de los hebreos llevando ramos de oliva fueron á recibir al Señor clamando y diciendo: Gloria en lo mas alto de los cielos, gloria al Hijo de David.* Una procesion semejante, y mucho mas solemne, se verificaba en tiempo del reino de Jerusalem: entraba á la ciudad santa por la puerta por donde pasó, segun se dice, Jesucristo el día de su triunfo.

Muchos años hace no se celebra la procesion de Bethphagé, porque al fin traía consigo inconvenientes demasiado graves. Los latinos se contentan hoy con celebrar el día de Ramos una misa solemne y distribuir palmas benditas sobre el Sepulcro divino. Los ramos de palmeros que sirven para la ceremonia vienen del país de Gaza. La palma del celebrante y la del padre procurador, adornadas con las primeras flores de primavera, eran trabajadas con mucho arte, y formaban como una triple corona, emblema de la corona de los pontífices romanos. Despues de la distribucion de las palmas á los religiosos y á los principales católicos de Jerusalem, el resto de los fieles, y sobre todos, los betlemitas, se precipitaron á la vez á la puerta del Santo Sepulcro, y hubo gran confusion.

Cuando todas las palmas hubieron sido distribuidas, se hizo una procesion alrededor del Santo Sepulcro,



y despues se celebró la misa. Tres sacerdotes, revestidos con alva y estola violeta, cantaron la pasion á la manera de Europa. Esta historia de los últimos dias y de la muerte del Salvador, es interesante oyéndola en todos los paises del mundo; mas á la puerta del Sepulcro de Cristo, á treinta pasos del Calvario, penetra el alma y la llena de una religiosa melancolía.

Despues de la misa, yendo de la iglesia del Santo Sepulcro al convento de San Salvador, llevaba yo mi palma en la mano, y me vi asaltado por una multitud de mugeres armenias, que me suplicaban que se las diese. Esta palma que he recibido en la puerta del Santo Sepulcro, quiero conservarla fielmente como una memoria de mi paso por Jerusalem: será para mí la palma del regreso, y la colgaré de la pared de la casa paterna; si llego á la ancianidad, ella me recordará que muy jóven todavía anduve peregrino en el pais de Jacob y de Jesucristo.

He llegado al miércoles santo. Esta mañana á las tres, miéntras que las tinieblas se estendian aún sobre Jerusalem, fui con los padres latinos á Getsemaní, á la gruta donde Jesucristo ofreciéndose en holocausto á su Padre, segun las palabras de la Escritura, vertió un sudor de sangre. La guardia de la puerta de San Estevan tenia orden de abrirnos ántes de la hora acostumbrada. Esta gruta, vecina á la iglesia subterránea consagrada á la Virgen, es bastante amplia y encierra tres altares; sobre el principal se lee la inscripcion siguiente: *Este es el lugar donde el sudor de Cristo se*

*hizo como gotas de sangre que corrian hasta la tierra.* Desde las tres hasta las siete se dijeron ocho misas rezadas en la sagrada gruta: despues se cantó prima, tercia y sesta, y á las siete se celebró la misa mayor. Los religiosos españoles, segun una costumbre antigua, son los que hacen los honores de esta solemnidad. Despues de la misa mayor se cantaron en coro las letanías de la Virgen, á veinte pasos de su sepulcro, á poca distancia de la roca, sobre la cual se dice, que Maria dejó caer su velo azul al elevarse al cielo. Estaba yo suavemente conmovido al oír estas letanías en que la Madre de Cristo es llamada *Estrella de la mañana, Puerta del cielo, Rosa mística, Arca de la alianza.* Si la tierra ha conservado alguna cosa de la mas pura de las hijas de Adán, si ha quedado en derredor del sepulcro de María lo que sobrevive en derredor de todos los sepulcros de aquí abajo, ese pálido y postrero rayo de vida que se llama una sombra, la sombra de María errante entre los olivos de Getsemaní, ha debido detenerse con alegría en la gruta en que se celebraban sus grandezas y su gloria.

Miéntras el oficio de los latinos, una multitud de peregrinos griegos y armenios, hombres, mugeres y niños, saliendo por la puerta de San Estevan, bajaban rápidamente al valle de Josafat é iban á la iglesia de la Virgen, que acababa de abrirse. Cuando desde el fondo del valle miraba yo á los hadji griegos ó armenios con sus vestidos negros bajar por las montañas



de Jerusalem, me parecia ver á nuestros rebaños de cabras suspendidos en los costados de las rocas.

He vuelto á Jerusalem con un religioso jóven, que quiso hacerme pasar por el lugar donde cayó Jesucristo, cuando se le arrastraba con las manos atadas por la espalda á la casa de Caifas: el lugar de la caída está á la orilla del Cedron cerca de un puente puesto sobre el torrente: hay allí una pequeña roca de forma plana, que presenta accidentes de configuracion, que se toman por la impresion de los piés, de las manos y de los ojos del Salvador: *he aquí los piés, las manos y los ojos* me decia el buen padre con un tono de tristeza y de respeto; *con vuestros propios ojos lo veis* añadia, y el piadoso cenobita cubria de besos las impresiones sagradas. Los soberanos pontífices, noticiosos de las destrucciones continuas que la piedad de los cristianos hacia sufrir á estos vestigios, han prohibido bajo pena de excomunion que se arrancase la menor partecilla de la roca. Pero los griegos y los armenios, que se cuidan poco de las amenazas de Roma, han degradado hasta tal punto estas impresiones reverenciadas, que me parece difícil reconocer en ellas el dia de hoy señales de ojos, piés y manos. Al lado de esta roca está un corto espacio de terreno, plantado con seis olivos nuevos todavía, que ha sido comprado poco ha por los armenios: el musulman que lo vendió, especulando con la vecindad á la roca sagrada y con la devocion de los compradores, exigió mil piastras por un rincon de tierra que no vale cincuen-

ta. Como en los alrededores de Jerusalem no hay un lugar que no esté consagrado por las huellas de Jesucristo ó de los profetas, la propiedad del menor terreno puede hacer la fortuna de un musulman.

Hoy á las tres de la tarde se colocaron bancos y sillones á la puerta del Santo Sepulcro, y los religiosos de San Salvador, cuya piedad ha tomado prontamente un carácter mas grave y mas recogido, cantaron el Oficio de las tinieblas. No puedo explicar cuán sublimes y tiernas me parecieron las lamentaciones de Jeremías y los salmos de David repetidos así entre el Gólgota y el monte Sion, en medio de las ruinas de la nueva Jerusalem; jamas acento alguno ha resonado mas profundamente en mi alma, jamas una poesía ha conmovido mas fuertemente mi imaginacion. La voz de Jeremías es una voz conocida en Jerusalem: cuando ella se deja oír, parece que todo llora, que todo gime: al atravesar valles solitarios, por la noche, cuando suspira el viento, ¿no habeis alguna vez, como sin sentirlo, prestado el oído á voces melancólicas perdidas en los aires y que espresan dolores infinitos? Del mismo modo escucho yo los cantos lúgubres de Jeremías, que despiertan todos los dolores de Jerusalem. Los lamentos del profeta de Anathot pueden ahora aplicarse todavía á la ciudad santa: buscad en torno de la hija de Sion y ved si ha conservado alguna cosa de su belleza de los antiguos tiempos: viuda, y sujeta al tributo la hija de Judá, ¿no se ve tratada todavía como una viña que se vendimia? ¿Ha venido alguno para



consolarla, y para enjugar las lágrimas que corren en arroyos sobre su rostro?

Las lamentaciones de Jeremías, que para decirlo de paso, dejan muy atrás la elegía griega y la elegía romana, ceden el puesto á otras quejas, á otros suspiros. David es quien llora, y quien maldice á sus enemigos: se ha hecho como un extranjero para sus hermanos, un desconocido á los hijos de su madre; sus enemigos le han dado hiel por alimento, y vinagre por bebida: el profeta-rey ruega á Dios que sus ojos se oscurezcan, que su espalda se doble hasta la tierra, que sus casas queden desiertas y que nadie habite bajo sus tiendas. ¡Qué ricos colores, qué de imágenes pomposas cuando David anuncia á su hijo Salomon el esplendor futuro de su reinado! El nuevo rey descenderá como la lluvia sobre un vellon, como el agua que cae gota á gota sobre la tierra: la justicia se levantará bajo su reinado con una abundancia de paz, que durará tanto como la luna: el trigo crecerá hasta la cimas de las montañas, y los habitantes de las ciudades florecerán como la yerba de los campos. David canta las cosas del cielo y de la tierra en un tono infinito, que varia sin cesar: es sobre todo sublime cuando habla del Señor: ¡cuánto se eleva sobre Homero y su Júpiter! Aquí la lira de Homero es á la lira del rey-profeta, lo que un débil eco á una gran voz que resuena: será, si se quiere, el puente de bronce de Salmonea que quiere imitar al trueno del Omnipotente: entre la musa del antiguo Olimpo, y la musa de Sion encuentro las dis-

tancias que separan al hombre de Dios, á la tierra del cielo. Después de haber cantado el oficio y rezado en voz baja la oracion que le termina, los religiosos siguiendo la costumbre de la cristiandad, hicieron algun ruido golpeando sobre los libros, los bancos y los sillones: los niños católicos, esparcidos al rededor del Santo Sepulcro, hicieron oír á su vez castañuelas y otros instrumentos de madera: los comisarios musulmanes les lanzaron de la iglesia, y la multitud de niños recorrió el cuartel del Santo Sepulcro con sus resonantes instrumentos, parándose á la puerta de cada casa católica.

